

ADAM WRIGHT

Democracia radical y prácticas de economía comunitaria: perspectivas para una andadura conjunta

Traducción de Olga Abasolo

El artículo plantea la posibilidad de un cruce entre las posiciones de la democracia radical y de la economía comunitaria para potencialmente mermar las carencias que plantea cada una de ellas por separado, con el fin de aportar un proyecto político de izquierda antiesencialista y factible, capaz de enfrentarse a la hegemonía neoliberal. El proyecto de democracia radical propone la rearticulación de la indentidad democrática y de lo político en términos de las relaciones entre poder, hegemonía y antagonismo, basados en una noción radical de pluralismo. La economía comunitaria complementa este proyecto al mostrar cómo el espacio económico puede hacerse plural y democrático cuando se articula con un discurso de la diversidad económica que sustente un aperturismo radical a las prácticas económicas y la contestación política.

La valoración de las consecuencias cada vez más nocivas que está teniendo la hegemonía neoliberal sobre nuestros valores e instituciones democráticas ha impulsado numerosas iniciativas desde las corrientes de pensamiento crítico dedicadas a infundir nuevo vigor a la izquierda. Entre ellas destacan, por innovadoras, dos posturas intelectuales. Por un lado, la democracia radical que, a diferencia de otras alternativas de la teoría democrática, está estrechamente comprometida con una perspectiva ontológica posestructuralista. En segundo lugar, la perspectiva de la economía comunitaria que pretende reconstruir y repolitizar la economía para impulsar desde la base tanto la acción contestataria como las alternativas económicas al capitalismo neoliberal. Los demócratas radicales han dedicado buena

Adam Wright es profesor de Teoría Política, University of Essex

parte de su trabajo a la elaboración de teorías políticas y de la subjetividad capaces de determinar una forma de democracia política radicalmente plural, mientras que sus intentos, algo superficiales, por afrontar las cuestiones de índole económica han suscitado dudas acerca de la capacidad del proyecto para abordar cuestiones de largo alcance para la izquierda, en particular, la desigualdad y la explotación. Los proyectos con orientación empírica en el ámbito comunitario han sido más activos en este aspecto; y se han desarrollado por todo el mundo vinculados a un diverso debate teórico entorno a subjetividad y economía. Sin embargo, en este aspecto, aún falta por establecerse el vínculo con un proyecto político más amplio que incluya el debate de todas las demandas políticas. Este texto plantea la posibilidad de que ambas posiciones se crucen para potencialmente mermar las carencias que plantea cada una de ellas por separado, para finalmente aportar un proyecto político de izquierda antiesencialista y factible para enfrentarse a la hegemonía neoliberal.

Empezaremos por resumir brevemente las premisas de las que parte el pensamiento demócrata radical en el marco del posestructuralismo. A partir de ahí, haremos hincapié en la importancia de que tal proyecto incorpore el discurso económico, y destacaremos ciertas carencias con respecto a una plena conceptualización de la economía desde el terreno del posestructuralismo. A partir de ahí, propondremos concebir la economía como espacio discursivo, para adentrarnos en el debate sobre el discurso económico comunitario y las similitudes que guarda con la democracia radical. Por último, pasamos de la teoría al terreno de lo empírico y repasaremos detalladamente algunos estudios de casos en los que se relacionan los proyectos económicos alternativos, el discurso económico comunitario y la democracia radical.

La democracia radical

El término democracia *radical* ha pasado a definir a una corriente del pensamiento político posestructuralista que hace especial hincapié en la rearticulación de la identidad democrática y lo político en términos de las relaciones entre poder, hegemonía y antagonismo. Como proyecto político, la democracia radical se centra en equilibrar e infundir al liberalismo de valores igualitarios desde la tradición democrática. El objetivo de generar una relación equilibrada entre los derechos liberales, por un lado, y la igualdad, por otro, ha tendido a que converjan en una noción radical de *pluralismo* según la cual las posturas políticas contestatarias y el disenso no solo son la norma, sino un rasgo central de la democracia. Situar el desacuerdo y el antagonismo en el centro del proceso democrático enfrenta a la democracia radical con las premisas de la democracia deliberativa y liberal-igualitaria, que pretenden llegar a alguna forma de consenso racional. A continuación, resumiremos las principales reflexiones de la tradición democrática radical.

Chantal Mouffe argumenta que «el objetivo de la Izquierda debería ser la prolongación y la profundización de la revolución democrática iniciada hace 200 años».¹ Para empezar, esta tendencia hacia la radicalización de la democracia implica una crítica inmanente de la democracia liberal moderna, a partir de la cual surgen dos aspectos clave. Una lectura crítica deconstructiva de la actual articulación de la democracia liberal revela el conflicto entre los principios liberales que sustentan los derechos individuales y el pluralismo y los principios democráticos de igualdad, solidaridad y comunidad. La aportación de Mouffe en este sentido ha sido decisiva para poner de manifiesto la «paradoja democrática» que encierran las limitaciones a la soberanía popular por el bien de los derechos liberales, y el modo en que la actual hegemonía neoliberal esconde una turbulenta relación entre libertad y democracia.²

**La democracia *radical* hace especial hincapié en
la rearticulación de la identidad democrática y lo político
en términos de las relaciones entre poder,
hegemonía y antagonismo**

Desde la perspectiva del discurso posestructuralista, el actual discurso liberal-democrático se considera un intento por universalizar las identidades y las demandas políticas en una lucha política por la hegemonía, que conlleva un encubrimiento parcial de la contingencia y que, en definitiva, impide el cierre de todas las identidades, estructuras y significados.³ Como consecuencia de ello, los demócratas radicales consideran la democracia como parte de una indeterminación o «contingencia radical» del terreno político discursivo. El espacio de lo político es el espacio en el que los actores se sienten libres de impugnar el significado de las ideas y plantear diferentes demandas políticas. No obstante, es imposible concebir una total indeterminación de lo universal, es decir, una sociedad en la que no exista sujeción del significado, puesto que excluye la construcción de cualquier formación social y constituye (en términos lacanianos) la muerte del orden simbólico.⁴ Así, para los demócratas radicales la (completa) democracia es imposible ya que presupone una total pluralidad de ideas y valores, cuando, como afirma Mouffe, «la forma política de gobierno requiere un orden específico de valores que excluye un total pluralismo».⁵ Derrida, en clave similar, argumenta que cabe aceptar la imposibilidad de la democracia, y a su vez pretender estructurar la comuni-

¹ C. Mouffe, «Preface: democratic politics today» en C. Mouffe (ed.), *Dimensions of Radical Democracy: pluralism, citizenship, community*, Verso, Londres, 1992, p.1.

² C. Mouffe, *The Democratic Paradox*, Verso, Londres, 2000.

³ J. Torfing, *New Theories of Discourse: Laclau, Mouffe and Zizek*, Blackwell, Londres, 1999.

⁴ L. Chiesa, *Subjectivity and Otherness: A Philosophical Reading of Lacan*, MIT Press, Cambridge, MA, 2007.

⁵ C. Mouffe, «Political liberalism, neutrality and the political», *Ratio Juris*, vol. 7, Nº. 3, 1994, pp. 314-324.

dad política alrededor de la noción de «la democracia por venir»,⁶ donde los valores inherentes a la tradición democrática «están inscritos en forma de promesas desde el seno de la democracia» y son aceptadas desde un llamamiento a la democracia por venir.⁷

Los subsiguientes pasos para superar desde la democracia radical las contradicciones y los límites de la democracia liberal moderna han seguido la senda trazada por una noción de democracia imprecisa a la hora de especificar la importancia de la contestación y el disenso en los procesos democráticos. La idea se acerca bastante a lo que Schmitt definiera como política: un choque de diferentes perspectivas a partir del cual se constituyen las identidades de “amigo” y “enemigo”.⁸ El compromiso con el antagonismo adopta diferentes formas desde la democracia radical. Rancière, por ejemplo, se refiere a la política como “desacuerdo”, o al momento de la ruptura del orden social –cuando los grupos marginalizados se enfrentan a él– como el momento de lo *político*.⁹ La democracia prospera en esas ocasiones; por lo tanto, «no es un régimen, ni una forma de vida social», más bien es «la institución misma de la política», la constante erosión del orden social a través de la capacidad compartida de contestación.¹⁰

En *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau y Mouffe definen el concepto de *antagonismo* en términos de que los sujetos, dada su incapacidad para lograr una identidad plena, se construyen un enemigo considerado responsable de su falta de identidad.¹¹ Para Laclau y Mouffe, «la democracia radical y plural» implica la unificación de una pluralidad de antagonismos democráticos a través de lógicas de equivalencia, es decir, unión en una formación hegemónica. No obstante, semejante unidad basada en la lógica de la equivalencia de la demanda de igualdad no podrá constituirse nunca plenamente pues estará limitada por la «lógica de la autonomía» o, en otras palabras, por el carácter diferencial de las luchas democráticas. La especificidad tanto de la demanda de igualdad (democracia) y la demanda de libertad (pluralismo), es decir, la democracia radical y *plural*, radica precisamente en esa imposibilidad para la equivalencia pura o la diferencia pura.¹²

Laclau y Mouffe han divergido en sus concepciones de la democracia radical desde que publicaran su libro. Laclau ha pasado a interesarse por la relación entre democracia y

⁶ J. Derrida, *Politics of Friendship*, Verso, Londres, 1997.

⁷ J. Derrida, «Politics and Friendship: A discussion with Jacques Derrida» [Centre for Modern French Thought, University of Sussex, 1 December 1997; acceso el 15/04/09 <http://hydra.humanities.uci.edu/derrida/pol+fr.html>].

⁸ C. Schmitt, *The Concept of the Political*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1976.

⁹ J. Rancière, *Disagreement: Politics and Philosophy*, University of Minnesota Press, Londres, 1998, p. 27.

¹⁰ *Ibidem*, p. 101.

¹¹ E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, Londres, 2001, pp. 122-127.

¹² *Ibidem*, pp. 180-184.

demandas. En *La razón populista*, pretende identificar cómo se puede construir la «constitución de un pueblo democrático» mediante la articulación de las demandas de equivalencia a través de un «significante vacío». ¹³ En este caso, Laclau sigue considerando la política democrática en términos de antagonismo entre individuos, o grupos, que plantean demandas y las instituciones del poder pensadas para bloquear la consecución de tales demandas. ¹⁴ Por el contrario, Mouffe pretende identificar las políticas democráticas en términos de establecer las «condiciones que mermarían las posibilidades de emergencia [del antagonismo]». ¹⁵ Con tal propósito, formula un modelo de democracia «pluralismo agonista» en el cual se reemplaza la relación antagonista entre amigo y enemigo por una relación «agonista» entre «enemigos amistosos» o «adversarios». ¹⁶ Si bien mantiene aún que la política democrática descansa sobre la diferencia y el desacuerdo como elementos irresolubles, considera que la política será más fructífera en último término si los sujetos políticos adoptan una mutua tolerancia y respeto hacia sus oponentes. ¹⁷

Evidentemente, esta breve sinopsis no pretende ser una recopilación exhaustiva de las reflexiones de los demócratas radicales, pero sí establecer los principales aspectos a debate. Entre ellos, destacaría: el giro teórico para explorar los ámbitos de la identidad, la subjetividad y el poder, en contraposición con el pronunciamiento dialéctico de los principios subyacentes a la democracia y su empecinamiento empírico en las «instituciones democráticas»; la crítica inmanente de las concepciones neoliberales de democracia para revelar el conflicto irresoluble entre libertad y democracia; la aceptación de los argumentos posestructuralistas que rodean a la contingencia radical y la no sujeción de lo social y la imposibilidad de su cierre; y la concepción de la política democrática como espacio de contestación, diferencia y antagonismo cuya plena constitución es imposible. En el siguiente apartado nos centraremos en la relevancia de los discursos económicos para la aplicación del pensamiento democrático radical, aspecto lamentablemente poco presente en la bibliografía aquí comentada.

La importancia del discurso económico

A pesar del hecho de que los demócratas radicales apenas aluden a la economía, el discurso económico rodea sus reflexiones y penetra en ellas, como lo hace en los espacios no económicos de la sociedad. Este rasgo resulta problemático por dos razones. En primer

¹³ E. Laclau, *On Populist Reason*, Verso, Londres, 2005, p. 171.

¹⁴ A. Norval, *Aversive Democracy: Inheritance and Originality in the Democratic Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 156.

¹⁵ C. Mouffe, *op. cit.*, 2000, p. 13.

¹⁶ *Ibidem.*

¹⁷ *Ibidem.*, pp. 102-103.

lugar, el discurso hegemónico del capitalismo neoliberal produce sujetos que no concuerdan con la identidad democrática. En segundo lugar, el discurso neoliberal capitalista posibilita una transformación material de la sociedad que enfatiza la desigualdad, la explotación y la dominación, cuya superación dependerá de un giro hacia la democracia radical. La subestimación de estos aspectos económicos no solo promueve un cierto escepticismo con respecto a la posibilidad de una aplicación práctica del proyecto democrático radical, sino que también pone en tela de juicio la eficacia de una política radical de izquierdas distanciada de la problemática que plantean la explotación económica, la desigualdad y la justicia social. Con ello no estamos diciendo que la democracia radical abandone estas preocupaciones. Pero existen importantes razones que explican por qué no las afrontan, como veremos más abajo. Por el momento, nos centraremos en destacar la importancia de estos aspectos para un proyecto de democracia radical. A continuación, podremos mostrar cómo su rechazo a enfrentarlos tiene que ver con su resistencia (legítima) a asumir determinadas concepciones de la economía como un todo, algo que podrá superarse mediante la reconstrucción y la repolitización de la economía.

Empezaremos por explorar las subjetividades que emergen del actual discurso económico hegemónico del capitalismo neoliberal. Los demócratas radicales examinan el neoliberalismo, como discurso, en el contexto de su carácter antidemocrático. En opinión de Laclau y Mouffe, las aportaciones de representantes del libertarismo como Hayek y Friedman han contribuido a una redefinición de la democracia en una secuencia de equivalencias que la convierte en sinónimo de totalitarismo, destacando el valor de la diferencia y de la desigualdad y situando la libertad en una secuencia distinta de equivalencia.¹⁸ De modo similar, Mouffe muestra cómo en el discurso neoliberal el equilibrio entre libertad e igualdad se escora firmemente hacia la libertad, lo cual conduce a la hegemonía de los derechos liberales por encima de la democracia y a una estabilización provisional del conflicto entre ambas.¹⁹ Si bien es cierto que son todos ellos aspectos relevantes, están lejos de analizar en toda su extensión el efecto que tiene este discurso antidemocrático en la constitución de una subjetividad democrática.

El sujeto neoliberal se construye sobre el modelo del hombre económico –individuo racional, con intereses propios e igual (para poder competir) ante los ojos del mercado–. La transformación de las situaciones y prácticas económicas del sujeto a través de lógica de la flexibilidad, el riesgo y el azar del mercado contribuye a fomentar tal identidad. El resultado de la potenciación del individualismo y del propio interés es que los individuos están en continuo desacuerdo con los valores que promueven los sujetos democráticos. Y, además, disminuye el valor de la confianza, la tolerancia, la cooperación, la solidaridad y la igualdad,

¹⁸ E. Laclau y C. Mouffe, *op. cit.*, 2001, pp. 171-174.

¹⁹ C. Mouffe, *op. cit.*, 2000, p. 5.

que quedan relegadas a una cadena de equivalencias externas que las convierte en categorías inferiores, improductivas, iliberales y represivas. Lo importante en este sentido es destacar hasta qué punto la subjetividad neoliberal se ha naturalizado, provocando que dada la actual configuración social sea extremadamente improbable el surgimiento de nuevas luchas democráticas que se enfrenten a los conflictos. La posibilidad de poner en práctica un proyecto democrático radical, por tanto, depende de que se revelen formas de deconstrucción y dislocación de la fuerte identidad neoliberal. Semejante tarea requiere una rearticulación de las ideas, instituciones y prácticas económicas sedimentadas en el seno de la hegemonía neoliberal y que contienen una fuerte capacidad transformadora; tarea cuya puesta en práctica será imposible mientras no se repoliticen los espacios económicos.

Es en las prácticas e identidades "no capitalistas"
donde hallamos el punto de fractura y donde
se produce la apertura de la contestación
política al espacio económico

Otra de las características del actual discurso económico es su capacidad para transformar la posición social y material de los sujetos. La transformación de los procesos económicos bajo la lógica de la flexibilidad y la mercantilización ha reestablecido una inmensa desigualdad material. No obstante, el discurso neoliberal presenta la desigualdad como rasgo necesario y beneficioso de la sociedad liberal de mercado. En la actualidad, la desigualdad mina la potencial eficiencia del pluralismo en lo que respecta a la libre elección en condiciones de igualdad. Desde un enfoque pluralista, como el que defiende Dahl, se ha destacado este aspecto pernicioso del libre mercado en el que la desigualdad a gran escala fuerza a la marginalidad a los grupos empobrecidos carentes de capital político para plantear sus demandas.²⁰ Por tanto, parece razonable abogar por la eliminación de tal desigualdad, no como mero prerequisite, sino como demanda universal que aporte equivalencia a las luchas democráticas. Laclau y Mouffe aluden a ello en *Hegemonía y estrategia socialista*, argumentando que «es preciso poner fin a las relaciones capitalistas de producción, origen de numerosas relaciones de subordinación».²¹ En sus posteriores trabajos, quizá se perciba un acuerdo tácito al respecto, pero ambos autores parecen reacios a aludir directamente al asunto. ¿A qué puede obedecer?

Hemos planteado con anterioridad que no era acertado atribuir a los demócratas radicales un desinterés por la igualdad y la justicia social. Quienes esgrimen argumentos basa-

²⁰ R. Dahl, *On Democracy*, Yale University Press, Londres, 2000, pp. 173-179.

²¹ E. Laclau y C. Mouffe, *op. cit.*, 2001, p. 178.

dos en dicha asunción han hecho una lectura incompleta y errónea del proyecto demócrata radical, que sí incluye el igualitarismo y por tanto la eliminación de aquellas formas de desigualdad y subordinación sinónimo del discurso capitalista neoliberal. Pero el elemento de pluralismo liberal que también incluye el proyecto acaba limitando este aspecto; el necesario pluralismo y la necesidad de un campo político radicalmente abierto bloquean automáticamente la noción de un discurso económico totalizador. Por tanto, la democracia radical no podrá darse sobre las espaldas de una revolución socialista, dado que esta presupone un intento de cierre de lo social sobre la base exclusiva de la igualdad. Además, caracteriza la economía como esfera total, otorgándole una identidad positiva que viola las asunciones ontológicas de la imposibilidad de cierre. Esto plantea un problema. Por un lado, la democracia radical requiere dislocar y deconstruir la perspectiva totalizadora de la economía del discurso neoliberal para romper con las ideas y prácticas económicas que contribuyen a convertir a los sujetos en individuos antidemócratas que miran por su interés personal. Por otra parte, no puede producirse el proyecto democrático radical mediante el fomento de un único enfoque totalizador de la economía no capitalista frente al modelo neoliberal sin abandonar con ello su noción de pluralismo.

La superación de este escollo se convierte, por tanto, en una tarea teórica y práctica. Teórica porque los demócratas radicales deben aceptar las condiciones que impone una conceptualización posestructuralista de la economía para poder interpretar el papel que juega en la teoría democrática radical. Y práctica en el sentido de la necesidad de superar los problemas sociales y políticos reales representados en el ámbito del discurso económico. Por tanto, si seguimos el hilo argumental, un relato posestructuralista de la economía no solo es posible, sino aplicable en términos prácticos para contribuir a la deconstrucción de la hegemonía neoliberal del discurso capitalista, dando paso a una multiplicidad de lugares de dislocación donde pueden surgir antagonismos democráticos.

Pluralismo económico y discurso económico comunitario

En las últimas páginas de *La paradoja democrática*, Chantal Mouffe aludía a un proyecto «posocialdemócrata» de la izquierda; un proyecto que ella concebía como orientado a la lucha por «una economía verdaderamente pluralista, y no meramente mercantil».²² Sus ideas se asemejan al planteamiento de Paul Hirst sobre la «democracia asociativa», a la que se refiere como «el único desafío al capitalismo corporativo que respeta los principios de la democracia liberal».²³ Las aportaciones teóricas de Hirst fueron pioneras con respecto a la necesaria pluralización de las esferas pública y privada, y la necesaria construcción de teji-

²² C. Mouffe, *The Democratic Paradox*, Verso, Londres, 2000, pp. 123, 126.

²³ C. Mouffe, «Towards a liberal socialism», C. Mouffe (ed.), *The Return of the Political*, Verso, Londres, 1993, p. 98.

do asociativo de base que diversifique la economía en combinación con las reformas de las instituciones públicas por parte del Estado para descentralizar su poder y proveer un marco regulador para el desarrollo asociativo. Con ello aportaba un vínculo importante entre pluralismo liberal y espacio económico diverso, para superar el escollo que planteaba un proyecto económico totalizante al concebir «la economía desde el punto de vista de los intereses de una amplia variedad de agentes económicos incluyendo a los activos así como a los económicamente inactivos».²⁴ Percibimos en Hirst un importante giro hacia la deconstrucción de la economía como totalidad unificada; lo que no acaba de verse con claridad es el efecto que tiene sobre la subjetividad y el antagonismo. De hecho, Hirst se muestra reacio a prescindir de una solución racionalista a este aspecto, y argumenta que las personas aceptarán la democracia asociativa ya que son «suficientemente racionales como para saber cuáles son sus intereses».²⁵ No obstante, la superación del fuerte individualismo propio del discurso neoliberal requiere algo más que una racionalidad débil. Las aportaciones de Hirst pueden enriquecerse con las del pensamiento posestructuralista, y en este sentido las demandas de un mayor asociacionismo podrían surgir a partir de la naturaleza deconstructiva de la propia teoría democrática asociativa o, por mayor precisión, a partir del énfasis en la diversidad económica y de una perspectiva de la economía ajena al discurso totalizante.

La hegemonía neoliberal logra su estabilidad porque es capaz de parecer incuestionable, es decir, no solo están consolidadas sus ideas y prácticas económicas que, pese a ser construcciones discursivas, aparentan ser naturales y estar gobernadas por las leyes naturales del intercambio mercantil, sino que además se ha producido una internalización de identidades y prácticas que no siguen la lógica del mercado, pero que quedan ocultas en los márgenes del espacio económico, y que delimitan la sólida y unificada esfera económica del capitalismo que escapa al conflicto.²⁶ Sin embargo, precisamente es en estas prácticas e identidades “no capitalistas” donde hallamos los límites del orden social de lo económico, el punto en el cual puede fracturarse la totalidad del capitalismo neoliberal, y revelarse la contingencia primordial del discurso y la apertura del espacio económico a la contestación política.²⁷ En la actualidad, estas identidades y prácticas económicas diversas permanecen insertas de las cadenas del discurso neoliberal diferenciales y de equivalencia. Su dislocación requiere por tanto el reconocimiento dual de que *son* prácticas/identidades económicas y simultáneamente que *no son* (necesariamente) prácticas/ideas neoliberales capitalistas. El resultado de tales dislocaciones es la formación de nuevos antagonismos capaces de componer un proyecto contra-hegemónico económico diverso.

²⁴ P. Q. Hirst, *Associational Democracy: New Forms of Economic and Social Governance*, Polity Press, Cambridge, 1994, p. 97.

²⁵ *Ibidem*, p. 55.

²⁶ J. K. Gibson-Graham, *The End of Capitalism (As We Knew It): A Feminist Critique of Political Equality*, University of Minnesota Press, Londres, 2006, pp. 251-265.

²⁷ *Ibidem*, pp. 11-15, 42-45.

La construcción de un discurso en torno a la diversidad económica requiere reelaborar el marco de las identidades y prácticas económicas dislocadas para establecer una nueva cadena de equivalencias, unida por un nuevo punto nodal. Este nuevo discurso de la diversidad económica puede jugar el doble papel de superación de las subjetividades antidemocráticas y de una reestructuración radical de la producción y del intercambio que permita una distribución de la riqueza más equitativa. Pero, en último término –y quizá sea este el quid de la cuestión– deberá hacerlo *sin* totalizar el espacio económico que ha reactivado. La transparencia radical del espacio económico permite al sujeto adoptar la dimensión ético-política de la diferencia (económica) e implicarse en una pluralidad de prácticas económicas. Gibson-Graham opina sobre este enfoque en su libro *A Postcapitalist Politics*:

«Nuestro objetivo ha consistido en des-ordenar el paisaje económico capitalista, subvertirlo para de ese modo dislocar la hegemonía del capitalcentrismo. Es en la producción de tales espacios donde pueden surgir nuevos escenarios económicos desde los que tomar decisiones éticas, negociar el poder y forjar transformaciones». ²⁸

Tanto la democracia radical como la economía comunitaria pueden entenderse como intentos por dislocar a los sujetos de la hegemonía neoliberal

Gibson-Graham especifica el papel esencial de la dislocación, en palabras de Laclau, para liberar «los lenguajes [económicos] alternativos de su subordinación discursiva». ²⁹ Que permita además que aquello que se ha liberado permanezca libre, en lugar de condensar la pluralidad de lo económico bajo una única demanda de “socialismo” o “colectivismo” o lo que fuere. No obstante, debe manejarse una lógica de equivalencia, y aquí Gibson-Graham sigue en sintonía con Laclau al considerar que su pluralismo económico no puede mantenerse en términos de un mero particularismo; conlleva demandas equivalenciales estructuradas en torno a un punto nodal que otorgue una representación universal a lo particular. ³⁰ Por esta razón, Gibson-Graham estructura su discurso de la diversidad económica por medio del punto nodal de la «economía comunitaria».

La idea de una economía comunitaria es muy distinta a la de «economía capitalista» o a la de «economía socialista», intentos ambos de mantener la unidad de una multiplicidad de ideas y prácticas bajo una imagen unificada y fantasmática de la economía como un *todo*.

²⁸ J. K. Gibson-Graham, *A Postcapitalist Politics*, University of Minnesota Press, Londres, 2006, p. 77.

²⁹ *Ibidem*, p. 57.

³⁰ E. Laclau, *On Populist Reason*, Verso, Londres, 2005, p. 171.

Al contrario que en el caso del «capitalismo» y del «socialismo», lo «comunitario» se representa como idea trascendental que no puede alcanzarse por completo a través de la experiencia. En palabras de Singer, «lo comunitario no es un signo de referencia sino un grito y un llamamiento»³¹ y, por lo tanto, la economía comunitaria no implica la construcción de un modelo en concreto de economía comunitaria; no se han de especificar ni su forma ni sus contenidos ya que ello conformaría un intento por fijar el significado y reprimir el pluralismo del espacio económico. La idea se aproxima a la interpretación de Derrida de la democracia «por venir».

Entender la economía comunitaria como un llamamiento a la comunidad «por venir» indica la imposibilidad de la comunidad por «su carácter abierto al acontecer y al proceso de emergencia» y su «historia auto-deconstructiva como multiplicidad que da lugar a ficciones de sí misma» –todas las cuales emergen en el relato de Derrida de la democracia «por venir».³² Los valores de la tradición comunitaria (solidaridad, cooperación, responsabilidad colectiva) se presentan como promesas emprendidas por el llamamiento a la comunidad. Tales valores complementan el pluralismo de la diversidad económica con la expansión de una cadena equivalencial igualitaria. La economía comunitaria como punto nodal es, por tanto, capaz de conservar el pluralismo radical del espacio económico, a la vez que presenta una lógica igualitaria equivalencial que atraviesa los elementos particulares de la negatividad económica, agrupándolos en un único discurso económico.

Los paralelismos entre la economía comunitaria y la democracia radical han empezado a emerger a medida que explorábamos la contingencia radical que habita en el corazón del proyecto político de Gibson-Graham. Tanto la democracia radical como la economía comunitaria pueden entenderse como intentos por dislocar a los sujetos de la hegemonía neoliberal. Con ello hacen hincapié en la dimensión ética de la política de la contingencia radical mediante la apertura del ámbito político a la discrepancia y a la contestación. En el caso de la economía comunitaria, el espacio económico se reactiva al acoger ideas y prácticas económicas discrepantes. Este discurso de la economía comunitaria mantiene la pluralidad radical de la economía y vincula las demandas políticas concretas de la esfera económica a una demanda universal de los principios igualitarios generados por el llamamiento a la comunidad.³³ Hasta cierto punto, cabe entender la economía comunitaria como el pluralismo democrático radical del espacio económico, promovido por proyectos de base que dislocan las ideas, prácticas y sujetos de la hegemonía económica totalizante. Pero surgen dos cuestiones pertinentes como consecuencia de esta conceptualización del proyecto económico.

³¹ L. Singer, «Recalling a Community at Loose Ends», The Miami Theory Collective (ed.) *Community at Loose Ends*, University of Minnesota Press, Londres, 1991, p. 125.

³² I. Goh, «Democracy to come», *Theory, Culture, Society*, vol. 23, 2006, p. 517.

³³ J. K. Gibson-Graham, *A Postcapitalist Politics*, University of Minnesota Press, Londres, 2006, pp. 77-78.

En primer lugar, ¿cabe plantear que esta convergencia de ambas alternativas de pensamiento asume que una democracia radical de la esfera económica es equivalente a la democracia radical *en general*? Y, de ser así, ¿significa ello que son intercambiables los conceptos de “comunidad” y “democracia” desde una misma lógica igualitaria? En segundo lugar, a la luz del anterior debate sobre los problemas que plantea el discurso económico capitalista para la consecución de la democracia radical, ¿puede la economía comunitaria actuar de catalizador de la democracia radical en un sentido más amplio, es decir, de todas las demandas políticas, tanto económicas como no económicas? Este último aspecto tiene una dimensión empírica que nos remite a características de los sujetos y del pensamiento ético-político presentes en las economías comunitarias existentes. El primero, es fundamentalmente teórico y remite a las limitaciones que plantea el cruce entre dos proyectos políticos. Sin embargo, para resolver este aspecto el análisis del discurso de las economías comunitarias existentes podría permitir elaborar juicios más claros en torno a cualquiera de las discrepancias y divergencias teóricas entre la economía comunitaria y la democracia radical.

La toma de decisiones en un espacio económico diverso

El «capitalismo» como totalidad se enfrenta a los desafíos que plantean los proyectos de economía alternativa en los actuales espacios económicos del mundo. Estos proyectos tienden a surgir a partir de una ruptura con el discurso económico hegemónico y constituyen momentos de dislocación derivados de un periodo de crisis o discordia frente al habitual orden de las cosas. Pueden derivar a partir de un acontecimiento concreto en el ámbito local, como el cierre de una planta siderúrgica, o deberse a un cambio estructural como la privatización de prestaciones sociales, por ejemplo. En muchos casos, los actores políticos logran rearticular estos proyectos alternativos dentro de un discurso hegemónico, en otros no. Es precisamente en estos casos que evaden su recaptura donde pueden llegar a constituirse formas políticas radicalmente nuevas. Y es en estos casos, que evitan recuperar el discurso hegemónico, donde reside la posibilidad de que puedan constituirse formas de hacer política radicalmente nuevas. Es preciso distinguirlos de otros en los que el re-cierre del espacio económico se ha producido mediante la articulación de un proyecto contra-hegemónico como el socialismo. A continuación, veremos algunos ejemplos de proyectos económicos alternativos que no han logrado mantener una apertura del espacio económico.

En Gran Bretaña han emergido una serie de espacios económicos alternativos interesantes en algunas comunidades, muchas de las cuales han obtenido respaldo del Gobierno New Labour. Han empezado a llenar el vacío que ha ido dejando el rápido declive del Estado de bienestar iniciativas de “economía social” en las que las comunidades producen acti-

vamente formas alternativas localizadas de prestación, voluntariado y empresa.³⁴ Un ejemplo a destacar es el repentino crecimiento de los bancos de tiempo en algunas comunidades en los que las personas prestan su tiempo en el empleo de sus habilidades para ayudar a otros a cambio de recibir a su vez apoyo de los demás.³⁵ Este proyecto, como muchos otros, ha recibido respaldo y se ha convertido en último término en una parte integral del New Deal for Communities (NDC) del programa del New Labour. Otros proyectos se han creado como resultado directo de las iniciativas del Gobierno. Aunque, hasta cierto punto, en Gran Bretaña estos proyectos comunitarios locales han surgido a partir de la dislocación del binomio prestaciones-capitalismo, la intervención del New Labour ha supuesto que la existencia de la «economía social» haya adquirido una forma unificada en el seno del discurso económico neoliberal. El programa NDC ha articulado con éxito la mayor parte de las prácticas económicas comunitarias, incluyendo los bancos de tiempo, en su propia esfera de «economía social» lo que ha contribuido a institucionalizar el elemento *workfare* del discurso neoliberal. En este espacio económico, los sujetos quedan atrapados en la responsabilidad individual, la iniciativa empresarial y el mercado. Se otorga a la propia economía social la imagen de una parte diferencial de una economía capitalista más amplia que albergue los importantes valores de la sociedad posbienestar.³⁶ Por lo tanto, constituye un buen ejemplo de cómo el discurso del capitalismo es capaz de usurpar los proyectos económicos alternativos y rearticularlos en sus propios encadenamientos discursivos de sentido.

**Es en las experiencias que evitan recuperar el discurso hegemónico
donde reside la posibilidad de que puedan constituirse formas
de hacer política radicalmente nuevas**

Otro ejemplo ha sido el de Tower Colliery en Gales. El rápido declive de la industria del carbón en Gran Bretaña provocó importantes conflictos en la zona y en el norte de Inglaterra, lo que evidentemente provocó la dislocación de la identidad de las comunidades mineras. Tower Colliery es un ejemplo único de la reacción ante dicha dislocación. Ante la imposibilidad de identificarse con nuevas formas de empleo, y dado su rechazo a aceptar quedar relegados a una degradante situación de exclusión, los mineros de Tower se organizaron con el National Union of Mineworkers (NUM) para comprar la mina colectivamente. Este acto de resistencia frente al programa neoliberal del Gobierno conservador de enton-

³⁴ A. Amin, A. Cameron y R. Hudson, «The Alterity of the Social Economy», A. Leyshon, R. Lee y C. C. Williams (eds.), *Alternative Economic Spaces*, Londres, Sage, 2003, pp. 28-33.

³⁵ L. Stephens y J. Ryan-Collins, «The New Wealth of Time: How Timebanking can help people build better public services», *Compass Think Pieces*, núm. 44, enero 2009.

³⁶ A. Amin, A. Cameron y R. Hudson, «The Alterity of the Social Economy», A. Leyshon, R. Lee y C. C. Williams (eds.), *Alternative Economic Spaces*, Londres, Sage, 2003, pp. 48-50.

ces es un ejemplo de cómo puede estructurarse un proyecto económico alternativo en torno a un discurso contra hegemónico. No obstante, en lugar de mantener la apertura del espacio económico una vez dislocado, se produjo un cierre parcial en torno a un discurso socialista articulado por el NUM y la gestión de la mina.³⁷ Así lo reflejaba en una entrevista el director de personal de Tower al afirmar que estaban «formando... una empresa predominantemente socialista», si bien lo que verdaderamente develó ese cierre fue su defensa de la necesidad de «hallar una enemigo [para la fuerza de trabajo] fuera de la empresa» para lograr la unidad en torno a una lógica de equivalencia contra el Otro.³⁸ Ello impidió que los trabajadores de Tower llegaran a reflexionar sobre la contingencia de su propia identidad; una vez más, quedaron atrapados en un discurso totalizador.

Los ejemplos anteriormente citados demuestran con qué facilidad se articulan los proyectos económicos alternativos en torno a discursos que vuelven a totalizar el espacio económico tras la ruptura inicial que permitió que fluyeran las prácticas económicas. Aquí observamos la emergencia de una paradoja. Cuando determinados proyectos como los bancos de tiempo no se oponen con virulencia al capitalismo, se rearticulan con facilidad en torno al discurso capitalista. No obstante, la oposición al capitalismo tiende a implicar la construcción de toda una identidad que lo excluya como sistema unificado, como en el caso del discurso socialista de los trabajadores-propietarios de Tower Colliery. A continuación, relatemos algunos ejemplos en los que no se ha completado un cierre semejante y en los que ha destacado la experimentación de prácticas políticas éticas.

En 1994, el movimiento zapatista en México empezó a dar muestras de una solución a esta paradoja. Los zapatistas rechazan enérgicamente el discurso neoliberal capitalista, y alientan a otros grupos empobrecidos y oprimidos a hacer lo mismo. Pero, la oposición a estas prácticas económicas y políticas dominantes se construye en forma de movimiento radicalmente plural y localizado que no adopta una forma concreta y que carece de fronteras. La solidaridad dentro de movimiento zapatista se logra en torno a la demanda universal de autonomía frente a prácticas totalizadoras.³⁹ El proyecto está, y debe seguir estando, radicalmente abierto a todas las posibilidades para poder avanzar hacia la promesa de una comunidad autónoma. Dicho de otro modo, la identidad de los zapatistas se construye en torno a la negación de espacios que colonizan y cierran las posibilidades locales, por lo que la imposibilidad del cierre esta en el núcleo mismo del movimiento. Por tanto, los sujetos de las comunidades zapatistas son «no-sujetos» en el sentido de que acogen la incertidumbre de lo social y se liberan a sí mismos de las comunes formas de acción y pensamiento unívocas.⁴⁰

³⁷ A. Lincoln, «Alternative Work Spaces», A. Leyshon, R. Lee y C.C. Williams (eds.), *Alternative Economic Spaces*, Sage, Londres, 2003, pp. 114-117.

³⁸ *Ibidem*, pp. 115, 117.

³⁹ G. Esteva y M. S. Prakash, *Grassroots Post-Modernism: Remaking the soil of cultures*, Zed Books, Londres, 1998, pp. 36-41.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 45.

Los zapatistas han logrado sustentar un espacio en el que conviva la pluralización de los ámbitos económico y no económico. Algo que *no* es posible mediante el compromiso con una serie de prácticas económicas o políticas concretas. Por el contrario, a excepción de la ocupación de las tierras para reclamar el territorio, la principal doctrina económica zapatista es la *no intervención* en asuntos económicos, ya que se centra en cuestiones civiles.⁴¹ Los zapatistas se distancian deliberadamente de la imagen de vanguardia. Su discurso se construye para empoderar a los pueblos sin crear fronteras que delimiten el ejercicio de dicho poder.⁴² Al destacar el pluralismo junto con el llamamiento universal a la autodeterminación de las comunidades, lo decisivo para la construcción de economías comunitarias y prácticas de democracia directa para la toma de decisiones ha sido una esfera discursiva en la que las prácticas hallan sus propios significados aislados de los discursos políticos dominantes y totalizadores.

Incluso a pesar del violento antagonismo entre las fuerzas paramilitares zapatistas y el ejército mexicano en algunas comunidades, la no intervención de los zapatistas ha promovido la difusión de un discurso de la economía comunitaria similar al que teorizara Gibson-Graham. En la comunidad Diez de Abril, por ejemplo, entre otras actividades, los colectivos locales producen café, miel y pan, crían ganado y aves y tejen. Están organizados democráticamente y rinden cuenta a las asambleas elegidas en el ámbito local. El excedente se distribuye entre las personas que integran el colectivo y un fondo comunitario controlado por la asamblea.⁴³ La comunidad toma democráticamente las decisiones sobre la producción, la distribución del excedente y el consumo sin presiones externas. Sin duda, esta característica se corresponde con las premisas de las «prácticas éticas» de Gibson-Graham necesarias para las economías comunitarias y que incluyen la implicación en decisiones relativas a la distribución del excedente, el consumo y la conservación de los comunes.⁴⁴ ¿Sería esta una comunidad con prácticas de democracia radical?

Esteva y Prakash desde luego así lo creen. En su estudio sobre los zapatistas concluyen que comunidades como la de Diez de Abril «identifican la Modernidad con la muerte de la democracia», a la par que declaran que la recuperación de la democracia va pareja con la lucha por la autonomía, que en el discurso zapatista significa *diferencia*.⁴⁵ Por lo tanto, el mecanismo del discurso político que articula a estas comunidades indígenas es muy similar a los que se atribuyen a la democracia radical en el pensamiento posestructuralista. Es más,

⁴¹ Irish Mexico Group, «Chiapas Revealed: Why are the Zapatistas different?», febrero 2001 [acceso el 15/05/09 <<http://zap.to/chiapas>> p. 2].

⁴² *Ibidem*, p. 11.

⁴³ Irish Mexico Group, «Autonomy and a Song», febrero 2002 [acceso 16/05/09 <http://www.struggle.ws/mexico/comment/autonomyFEB02.html> (escrito en visita a Diez de Abril)].

⁴⁴ J. K. Gibson-Graham, *op. cit.*, 2006, p. 88.

⁴⁵ G. Esteva y M. S. Prakash, *op. cit.*, 1998, p. 153.

la demanda de comunidad es sinónimo de democracia como muestra su mutua conquista implícita en la demanda universal de autonomía, una demanda de igualdad que supone el punto de unión para el pluralismo en el que se basa el movimiento. Las formas de deliberación adoptadas en el seno de las comunidades reflejan este discurso. A pesar de las dificultades que plantean las situaciones de pobreza y la violencia del Estado, la autonomía de los municipios y la toma de decisiones asamblearia permiten un debate político abierto entre los miembros de la comunidad. Si bien muchas de las decisiones se toman mediante votación, esta fórmula se valora como secundaria frente a los procesos previos de debate y consulta abiertos que determinan el voto. Por lo tanto, la comunidad puede plantear sus demandas a la hora de que se tomen la mayor parte, por no decir todas, las decisiones relativas a aspectos tanto económicos como no económicos y se dedica un tiempo considerable, que puede durar semanas, a permitir que diferentes puntos de vista determinen el proceso de toma de decisiones.

La experiencia zapatista permite entrever la posibilidad de convergencia de la economía comunitaria y la democracia radical en torno a la demanda universal de autonomía que mantiene una apertura radical mediante la negación de proyectos políticos totalizantes y a través de un fuerte compromiso no intervencionista. Las perspectivas que ofrece esta alternativa son muy estimulantes, pero resulta difícil establecer un juicio suficientemente fundado sobre el movimiento sin obtener la información necesaria acerca de la política que se produce en el seno de las comunidades y mientras siga siendo una práctica habitual la represión violenta por parte de fuerzas del Estado. Asimismo, aunque hayamos podido ver indicios de una convergencia, queda aún por determinar si la economía comunitaria actúa como catalizador de la democracia radical ya que aparentemente ambos proyectos han crecido parejos.

Para ahondar en la construcción de la democracia radical por vía de proyectos económicos comunitarios, nos centraremos a continuación en el ejemplo de las cooperativas de Mondragón en el País Vasco. Al contrario que en el caso anterior, el discurso económico inspira específicamente la experiencia de Mondragón, si bien, este discurso ha promovido y difundido un pensamiento ético y de contestación política dentro del espacio económico. La comunidad de Mondragón se ha configurado a través de su compromiso con más de cien cooperativas propiedad de los trabajadores del sector industrial, así como de los sectores de servicios y comercial.⁴⁶ Los orígenes de dicho compromiso radican en la filosofía del padre Arizmendiareta que captó la importancia ética de la autodeterminación económica, y alimentó un discurso sensible a una economía comunitaria que alentara a los trabajadores a reevaluar y renovar las prácticas existentes, dejándolas siempre abiertas a la contestación política.⁴⁷ El control democrático de las cooperativas ha producido distintos resultados en

⁴⁶ J. K. Gibson-Graham, *op. cit.*, 2006, p.102.

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 102-3, 125-6.

Mondragón en comparación con Tower Colliery, fundamentalmente por su filosofía de apertura económica. Si bien es cierto que determinadas fuerzas políticas externas han intentado hegemonizar el espacio económico, en particular ETA, los trabajadores propietarios siguen implicados en la resolución de conflictos y en un proceso de toma de decisiones que incluye a todas las voces y la sistemática posibilidad de cambio frente a un posible anquilosamiento.⁴⁸

La experiencia zapatista permite entrever la posibilidad de convergencia de la economía comunitaria y la democracia radical en torno a la demanda universal de autonomía

Como trabajadores-propietarios, los sujetos de Mondragón se organizan «mediante la experimentación de una toma de decisiones ética en torno a aspectos relacionados con el individualismo y el colectivo».⁴⁹ Como resultado de todo ello, la política económica es radicalmente plural y democrática. Pero no está del todo claro hasta qué punto se ha extendido esta práctica hasta otros espacios políticos. La socióloga Barbara Peters sugiere que el verdadero impacto de las cooperativas de Mondragón ha sido la reducción de la pobreza, una reducción sustancial de las desigualdades y la promoción de valores igualitarios en el espacio social.⁵⁰ Aspectos todos ellos útiles para superar los aspectos económicos que impiden el surgimiento de sujetos demócratas radicales. Algunos dirían que esta localidad ha alcanzado el nivel de madurez para que proliferen prácticas democráticas radicales en la política local comunitaria. Pero, tras 50 años de existencia de la cooperativa, aún no se ha alcanzado semejante fase. Quizá haya que buscar una razón para ello en la falta de una dimensión no-económica en las demandas de pluralidad y de comunidad. En el caso zapatista, se produjo como respuesta simultánea a la represión de las culturas indígenas y de sus formas de vida. En el País Vasco también existe una reivindicación política fuerte de autonomía, que bien podría haber impulsado la causa divergente con la economía capitalista corporativista de la España de Franco. Pero las demandas de autonomía de la región han quedado bajo la hegemonía del discurso independentista de grupos como ETA, y el significado de la autonomía se desplaza hacia el nacionalismo y la construcción de un Estado independiente, postura que los zapatistas evitan deliberadamente para mantener el aperturismo radical de la idea de autonomía.⁵¹ Por lo tanto, parece que el discurso fuerte del independentismo en el País Vasco ha hegemonizado la política fuera del espacio económico que han dejado

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 119-120

⁴⁹ *Ibidem*, p. 125.

⁵⁰ Newswise, «Spanish Town without Poverty», 2000 [acceso 16/05/09 <http://www.newswise.com/view/17012>].

⁵¹ W. S. Shepard, «The ETA: Spain Fights Europe's Last Active Terrorist Group», *Mediterranean Quarterly*, vol. 13, núm. 1 (invierno, 2002), pp. 54-68.

abierto las cooperativas de Mondragón. Aunque las circunstancias puedan parecer específicas a la región, el problema pone de relieve una preocupación más general por la capacidad de la economía comunitaria de radicalizar la política democrática fuera de la esfera económica.

Conclusión

A la luz de las aportaciones teóricas y empíricas que se han presentado aquí parece difícil obviar los rasgos comunes entre los proyectos de democracia radical y de economía comunitaria. Hay más de una forma de entender la relación entre los dos ámbitos de pensamiento. Empezamos por problematizar la falta de compromiso de los demócratas radicales con la deconstrucción y la repolitización del espacio económico. En este sentido, la economía comunitaria puede entenderse como complementaria al proyecto de la democracia radical al mostrar cómo el espacio económico puede hacerse plural y democrático cuando se articula con un discurso de la diversidad económica que sustente un aperturismo radical a las prácticas económicas y a la contestación política. Hacia el final del ensayo, realizamos un esfuerzo por clarificar estos cruces teóricos en casos empíricos de proyectos económicos alternativos. Identificamos un problema común a las dislocaciones frente a los discursos económicos hegemónicos: una tendencia a que los proyectos alternativos quedaran recapturados bajo una concepción unificada de economía, ya sea en el discurso neoliberal hegemónico, o en los discursos contra-hegemónicos como el socialismo. En los casos en los que esta dinámica no se ha producido, hemos visto más clara la posibilidad de que las economías comunitarias prosperan como complementos de prácticas de democracia radical, más que como condición previa para políticas radicales más allá de la esfera económica. En el caso de las comunidades zapatistas, la capacidad de la democracia radical para irrumpir en espacios económicos o no económicos parecía erradicar de la articulación de una demanda universal de autonomía, como reivindicación de la diferencia, por encima de todas las cosas y al margen de los proyectos políticos hegemónicos que pretenden encajonar las demandas de autonomía en el nacionalismo, la construcción del Estado o el liderazgo revolucionario.

A la hora de proponer un proyecto de democracia radical es preciso que la izquierda *cuestione* su dependencia instintiva de una imagen de la economía totalizada por las inflexibles leyes del mercado. El neoliberalismo mantiene su hegemonía a través de su habilidad para construir discursivamente la fantasía de que existe una economía capitalista y una “realidad económica” para la que no existe una alternativa. La izquierda puede aprender mucho de la experiencia de Mondragón en este sentido pero, no obstante, no basta con reactivar la economía para disipar otros discursos totalizadores que hegemonizan otros espacios políticos. Si pretendemos crear verdaderamente prácticas de democracia radical

hemos de hallar un discurso capaz de articular una demanda universal que capte la pluralización de todas las políticas, las demandas, y de todo significado. Los zapatistas han trazado una vía para ponerlo en práctica, pero cabe esperar que siempre se produzca una relación de contingencia entre el discurso y la historia política y cultural específica de cada comunidad. Sobre todo, cabe afirmar que no existe atajo alguno ni ley general alguna para la consecución de una política democrática radical. No obstante, la enseñanza que podemos extraer del debate aquí planteado es que parece evidente que un proyecto de estas características deberá incluir de alguna manera la deconstrucción y reactivación del espacio económico hegemonizado por el discurso capitalista neoliberal.